

Acuarela. 1978. 100 × 70 cm.

ESPACIO, PIGMENTO, COLOR

Victoria Combalia

NO ES DESCABELLADO hacer un balance de ciertos (buenos) pintores a partir del efecto que la recuperación de la pintura ha ejercido en nuestro país. En mi opinión, la onda internacional de la nueva pintura abstracta también ha influido —indirectamente, no miméticamente— en artistas ya consagrados como Hernández Pijuán o Ráfols Casamada y, muy positivamente. Desde hace unos años tanto uno como otro han sufrido un proceso de depuración evidente, liberándose de ciertas rémoras exteriores a la pintura misma (unas referencias vagamente Pop para Ráfols, las medidas —influencia del conceptualismo— para Hernández Pijuán) y han llegado a lo que podría llamarse una mayor madurez y un goce querido en el acto de pintar. La última exposición de H. Pijuán en Madrid es una buena prueba de ello.

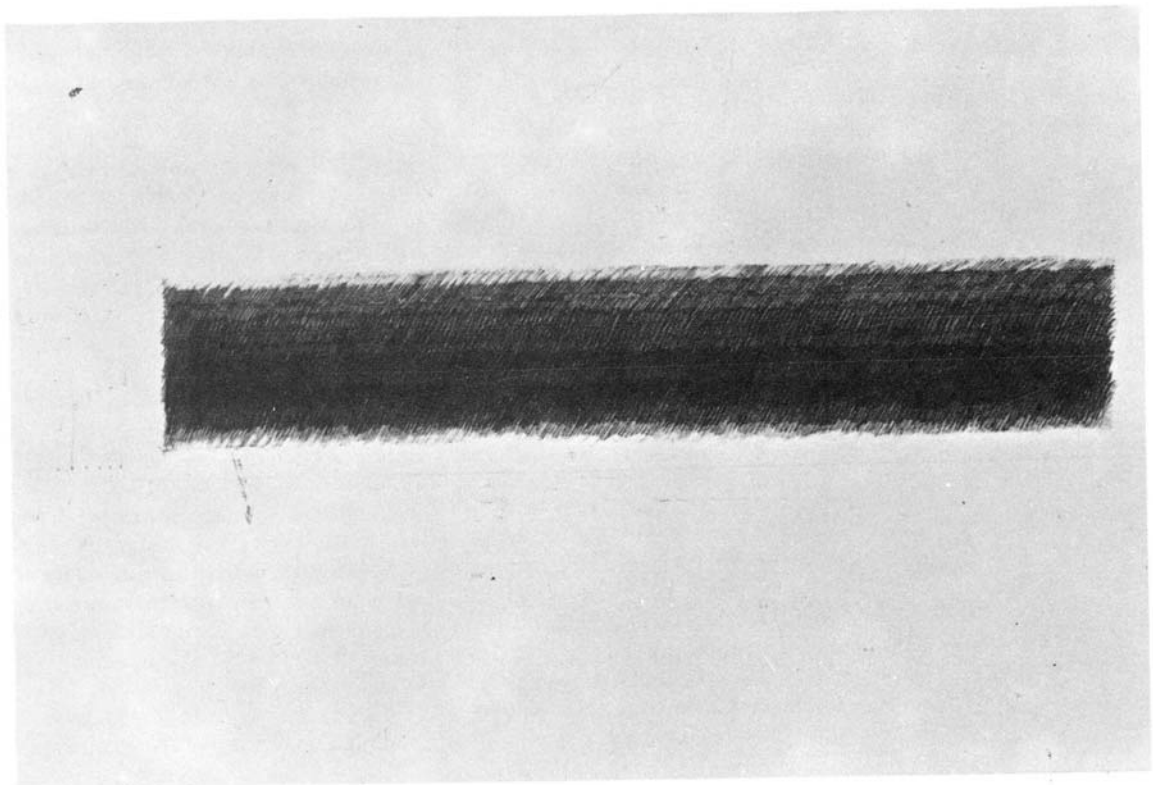
Las obras anteriores nos remitían a un cierto minimalismo tanto por su sencillez como por su problemática primordialmente espacial e incluso serial en ocasiones. Un minimalismo que, sin embargo, no dudaría en calificarse de cálido debido a la inclusión de exactos dibujos —casi en trompe l'oeil— de tijeras que parecían cortar la tela o de

reglas que la medían. Pero ya en estas obras aparecía también —rasgo diferencial del minimalismo más estricto— la noción del espacio/color. Este último procede de una visión directa del paisaje y de sus cambios según la luz. La referencia parece más directa si pensamos en sus numerosos apuntes a lápiz con anotaciones de colores o en el hecho de que muy frecuentemente los cuadros tienen la parte inferior más oscura y la superior más clara. Sin embargo, el resultado final no es jamás un momento concreto captado en su inmediatez, sino una especie de depuración de los tonos, un proyecto de color (y de relaciones entre colores) mucho más abstracto que naturalista.

En esta última exposición, el énfasis se ha puesto en el color y en el pigmento. Las acotaciones y medidas han desaparecido, siendo el propio color y el pigmento quienes introducen ahora las subdivisiones espaciales. Aparecen, por otro lado, gamas insólitamente nuevas y de un gran refinamiento: los rosas, los lilas, los sienas, los grises, los amarillos verdosos, los malvas.

Al espesarse la pintura, cada pincelada evidencia su dirección (formando inclu-

so «tramas» o rejillas), su grosor, etc. Esta densidad del pigmento origina unas zonas de pintura que sobresalen mientras otras permanecen más planas. Ello da lugar a un fenómeno de movimiento virtual, potenciado por la diferencia de iluminación entre una zona y otra. El espectador no puede menos que hallar un sutil efecto cinético-lumínico en estos cuadros, que cambian la tonalidad según de qué lado se contemplan. El gran formato ayuda considerablemente, ofreciendo la sensación de un ambiente coloreado y cambiante. Y en este sentido, las gradaciones minúsculas de luz y el «relieve» de la pincelada lo separan a su vez de experiencias más estáticas y contemplativas a lo Rothko, por ejemplo, sin que por ello deje de poseer la cualidad común de ser una pintura en y por sí misma, con una compacta y cerrada sensación de unidad.



Dibujo. 1978. 70 × 100 cm.